

hombre que ha puesto Roma en la cumbre de su Capitolio como un dios, tendido á mis plantas como un cerdo.

— ¡Gracias, madre mía, gracias! — decía el príncipe besando con efusión las manos de su madre. — Gracias también á los dioses, quienes, sin haberlo yo merecido, ni hecho servicio ninguno en obtención de tamaña merced, quisieron escogermé por obra de su gracia y de su elección para hijo tuyo en sus misteriosos designios.

— Decías antes — añadió Agripina — y decías bien, que te había hecho más favor conservándote la vida en esta Roma de muerte que dándotela; más favor que prestándote por un acto de mi amor el ser, prestándote por cien crímenes el trono. Mira lo que hago por ti. Claudio es marido y padre mío á un mismo tiempo. Queriéndome como una hija, me tomó por imposiciones de caprichos míos por mujer. Jurisconsulto y abogado, ministerios preferidos entre sus ocupaciones imperiales, no dudó un punto en quebrantar todas las leyes romanas y todas las tradiciones jurídicas, casándose conmigo, la hija de su hermano. Háblame la razón de Estado empobrecido; él enriqueció mi peculio. Háblanme desterrado de Roma; él me volvió á la patria. En cuanto fuí su mujer, hízome la emperatriz del universo, no con honores y distinciones nominales, con un poder efectivo y permanente. Sin embargo, voy á pagarle todos estos beneficios asesinandolo para que tú reines. Por ti voy á cometer el crimen mayor que habrán visto los tiempos. Y no creas, no, en la conseja de que hay criminales muy gustosos del crimen. Han puesto los dioses tanta suma de bien allá en el seno de la naturaleza humana, que no puede cometerse crimen alguno sin sentir, antes de cometerlo, una grande repugnancia; después de cometido, un grande remordimiento. Por ti unicamente, por ti, Nerón, inmolo á Claudio. Si después de tal atrocidad, cometida con plena conciencia y firme deliberación, aún resultas despegado de tu madre y con tu madre ingrato, serás en la historia el monstruo mayor y más desalmado que habrán visto los tiempos.

— ¡Madre mía, te repito que deseches tales pensamientos nefastos, nacidos de una perplejidad no justificada por ninguno de mis actos! El desagradecimiento es imposible de todo punto en mí, dadas las propensiones impuestas por tu sangre y por tu educación á mi naturaleza.

— Nerón, voy á decirte la verdad: te temo por lo mismo que invocas para serenarme; recuerda, y explicarás todas mis sospechas, que eres hijo de Agripina.

— ¡Cuál reconvencción! — dijo el príncipe, cubriéndose la cara con sus dos manos, como si á la evocación de tal calidad suya se viese despeñado ya por todos los crímenes y hundido en todos los remordimientos.

— Pero dime — se le ocurrió decir á Vitelio para poner á tan penoso coloquio término, — dime qué clase de muerte has escogido para tu esposo, pues el proponerse matar es cosa prontísima y el matar cosa por todo extremo difícil.

— Escogí el veneno.

— ¡Bien hecho!

— Como sus efectos se conocen de antemano, y el tiempo de la muerte se calcula con exactitud, y puede medirse todo el espacio mediante desde la propinación de las substancias corrosivas al último estertor de la terrible agonía, dígame con verdad que un veneno me parece la mejor medicina para curar por siempre de sus demencias á Claudio.

— ¿Tomarás todas las necesarias precauciones? — dijo Vitelio.

— No tienes para qué recomendármelas.

— Hablabas antes, Agripina, de la expulsión fulminada por Claudio sobre los astrólogos, y añadías á ese respecto algo particular que se quedó sin decir en las incidencias del diálogo.

— ¡Justamente! Decía cómo, al salir los astrólogos, se quedó la mayor astróloga, quiromántica, envenenadora conocida, se quedó Locusta.

— ¡Locusta! — dijo Nerón estremeciéndose.

— Con razón te estremeces, hijo mío, á este nombre.

— ¡Locusta! ¡Qué horror! — volvió á decir el príncipe.

— Horror muy grande — dijo Agripina.

— ¡Sí! ¡Sí! — balbuceó Vitelio.

— Diríase, al verla, que veías la Musa del sepulcro. Parece una Parca del Averno venida para destruir el mundo. La muerte le ha confiado su segur. De sus diez dedos penden diez hilos que tejen telas de araña, en que va prendiendo, cual pobres moscas, las almas. Todos cuantos zumos pueden matar, tiénelos ella en su

laboratorio de sustancias destructoras. Esculapio sana; ella destruye y aniquila. Debieron expulsarla cuando expulsaron á los demás quiromantas y astrólogos. No lo hicieron porque la razón de Estado creyó necesario conservarla como se conservan los esclavos y los verdugos. Mil veces la salud preciosa del Imperio pide que alguien muera por modo misteriosísimo, desapareciendo cual en espesísima nube por manera sobrenatural y extraña. Entonces hay que apelar á Locusta. Guardáronla en los calabozos como se guarda el tigre feroz en las jaulas. Allí está produciendo sus venenos para difundirlos por las venas de quien pueda necesitarlos.

— Y abundo en tu sentido — exclamó Vitelio, — abundo en tu sentido. Creo como tú que Claudio los necesita. Después de todo cuanto aquí ha sucedido, el predominio de Narciso en la voluntad imperial es cosa vista, y el predominio de Narciso, tienes razón, Agripina, la tienes completa, equivale á una sentencia de muerte fulminada sobre nuestras frentes. Vamos á defendernos, y para defendernos consultaremos á la terrible Locusta. Yo te acompaño cual siempre te acompañara en todos los trances más terribles de tu vida, por lo que irá mi nombre junto con tu nombre imperial y egregio en todos los anales de la historia. ¡Vamos resueltos, vamos de prisa, vamos aprovechando esta noche, avanzada ya, vamos á buscar el filtro que ha de matar á Claudio y coronar á Nerón!

— Mira, Vitelio, heme resistido mucho á este acto; pero una larga serie de repetidos hechos me ha demostrado la necesidad imprescindible de arrestarnos á todo y apechugar con el envenenamiento de Claudio. Hace pocos días tornaba el emperador de sus audiencias, donde había condenado con severidad á una mujer adúltera con escándalo. Como no sé quién lo felicitara, díjole: «No puedo con el adulterio. Si me han tocado esposas adúlteras en suerte, ¿qué hacer? Las habré tenido, pero también las habré castigado.»

— ¡En verdad, Agripina, terribles y amenazadoras palabras!

— Pues no paran aquí los augurios á que debemos asirnos para conocer lo resuelto por Claudio allá en los abismos de su alma.

— Continúa, madre, continúa — decía Nerón impaciente por saber todos los motivos determinantes de aquel terrible acto próximo á consumarse.

— Salía, en la víspera de nuestra última excursión, del Palacio, cuando por casualidad tropieza de manos á boca con Británico. Bien sabéis el arte que pongo yo en impedir tales entrevistas. Pero encontráronse por una casualidad irremediable. Verlo y echarse Claudio en brazos de su hijo fué obra de un minuto. Terrible sollozo, semejante al mugido de un buey acosado, partió del pecho de fragua que le conoces; y diluvio de amargas lágrimas cayó de sus ojos en el regazo de su criatura. Y como no acierte á decir cosa exenta de cierto pedanteo, entre los espasmos de dolor deslizó este verso de Homero: «Cerrará la herida el mismo que la hiciera.»

— Tienes razón. Mal síntoma.

— Pues ¿y querer que se ciña Británico la toga viril antes de tiempo?

— Como has hecho eso tú misma conmigo, no debes extrañarlo.

— Por lo mismo que sé la causa de haber hecho yo tal cosa, ni desconozco ni desestimo ni desprecio las razones impulsoras á determinarlo para que proceda, cual procede Claudio, en contra nuestra. Pero si las desconociese ú olvidase, reconocería el móvil por sus labios caído en mis orejas. Yo le oí declarar el propósito.

— ¿Qué dijo? — preguntó Nerón.

— Pues dijo que con eso tendrían los romanos un verdadero César.

— No se puede remitir á más tarde, no, la hora suprema de su muerte. ¡Pronto, pronto, pronto!

— Yo conozco por su manera de proceder instintiva las crisis en que toma cualquiera suprema resolución. Antes no hacía otra cosa que á roso y belloso expedir nombramientos de magistrados. Ahora, en este mes último, así lo mates no designará uno, porque diz haber de todos sus pensamientos y de todos sus propósitos necesidad incontrastable para tomar fuerzas y decidir un asunto supremo.

— Así no debes dudar de que ha escrito su testamento.

— No lo dudo.

— ¿Ha designado, en sentir tuyo, como heredero de tanto Imperio á Británico?

— Lo ha designado.

— Pues entonces dispón de mí para tu empresa — dijo Vitelio.

— ¡Manos á la obra! — exclamó Agripina  
— Retírate, Nerón.

En efecto se retiró el príncipe, no sin haber extremado las caricias á su madre, como pedía lo extraordinario del caso y lo supremo del momento.

— ¡A Locusta! — dijo Vitelio.

— ¡A Locusta! — repitió Agripina.

— ¡Vamos!

— Yo sé los caminos cubiertos que conducen al subterráneo suyo.

— ¡Marchemos!

— No habemos necesidad alguna de guía y conductor.

— ¡Justo!

— Yo iré diciéndote nuestro camino y tú lo esclarecerás con una antorcha.

— ¡Sí, vamos los dos solos! No tenemos necesidad ni de guardias que nos sigan, ni de siervos que nos precedan. Cuanto menos gente participe de nuestros actos, más en secreto habrán de quedar sus móviles determinantes y más ignorados sus horribles efectos. Vamos con precipitación, que la mañana puede impedirnos el paso, y un día malogrado perdernos sin remedio. ¡Vamos, vamos, vamos!

— Pero aguarda un momento.

— ¿Vacilas?

— No vacilo.

— ¿Qué te detiene?

— Una idea.....

— ¿Cuál?

— Que no hacemos nada con tener una envenenadora.

— ¿Qué más necesitas?

— Necesito un médico.

— ¿De veras?

— Quiero dar aires de remedio á la muerte.

— Y lo es para nosotros.

— ¡Y tanto!

— Pero si lo divulgas mucho, puedes topar con una revelación del secreto.

— Así como cuento con Locusta para componer la mixtura del veneno, cuento con un médico para propinarlo, Vitelio.

— No lo dudo: á matar están los médicos dispuestos siempre. ¿Y quién es?

— Xenofonte.

— ¿Xenofonte? — preguntó con asombro Vitelio.

— En persona.

— Pues debe á Claudio muchos favores.

— ¡Qué quieres! Así es el mundo.

— Recuerdo que necesitando de la justicia romana una merced para su patria.....

— ¿Para Rodas?

— Para Rodas; Claudio, emperador y todo, se presentó ante los tribunales é informó en pro de los rodios, alcanzando una suprema favorable sentencia.

— Claudio es viejo, Nerón joven. El tiempo destruye al uno, y al otro lo prospera. Mientras Claudio decrece, Nerón crece con los años. Y todos cuantos han ejercido grande influjo se van á una con los poderosos jóvenes, en el temor de no ser de nadie ya servidos por no servir ellos á nadie. Dispondremos como queramos de Xenofonte.

— Vaya en gracia.

— Partámonos.

— Partámonos.

— Cosa terrible habérselas con maga semejante.

— ¡Y tan terrible!

— La creo capaz de petrificarnos.

— Tanto como eso no; pero sí de darnos mal de ojo.

— ¡Ya lo creo!

— Tomemos las disposiciones indispensables á la conjetura de cualquier maleficio.

— Voy á ponerme, Vitelio, mi collar de ámbar en forma de media luna.

— Paréceme bien el amuleto, Agripina.

— Coge tú el clavo de hierro que ahuyenta y conjura todo peligro.

— Lo cojo.

— Póngome al dedo del corazón un anillo de Serapis. Toma tú otro.

— Tráelo.

— Ahí está.

— ¡Perfectamentel

— Con ese dios asiático, grabado en la piedra ónix de una sortija, ¡fuera miedo!

— Maldigamos á Locusta.

— Maldigámosla.

— Maldita sea Locusta — dijo Agripina.

— Maldita sea Locusta — repitió Vitelio.

— Y sabe mucho.

— ¡Ya lo creo!

— Sabe dañar los bienes del vecino de quien se ampara en su ciencia. Como que una vez tenía yo muchos ratones en mi campo; le pedí la fórmula de conjurarlos, diómela, y se pasaron al campo colindante con el mío, al campo del vecino.

— ¿Qué más sabe?

— Sabe dañar á los enemigos de aquellos que la pagan, quitándoles desde la razón hasta la vida.

— Por esos medios nos libertará de Claudio.

— Sabe dar bebedizos para que te amen aquellos seres por quienes desees ser amado.

— ¡Excelente poder!

— Sabe resucitar los muertos y traerte á la vista y á la conversación los espíritus.

— ¿De veras?

— Sabe, por último, hacer oro.

— Y si sabe hacer oro, ¿cómo no habrá ya comprado el mundo?

— Toquemos un díptico de bronce para preservarnos de sus maleficios nosotros y dirigirlos contra los demás.

— Toquémoslo.

— Alza ese ladrillo.

— ¿Para qué?

— Para poner esta barba de lobo.

— ¡Agripina!

— Y esta muñequita de cera.

— ¿Con cuál fin?

— Con el fin de adivinar si nos engaña ó no. ¿Lo comprendes?

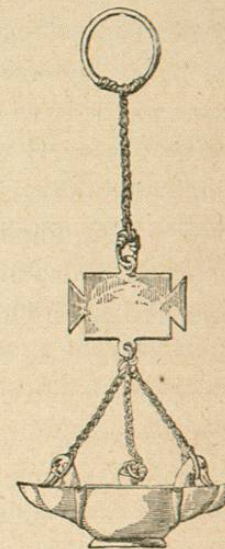
— Haré aquello que tú digas. Yo te sigo ciegamente, y te obedezco sin pestañear, y te creo sobrenatural, y te atribuyo el don de los milagros y sé cuán industriada estás en todas las artes y ciencias del mundo.

Agripina y Vitelio emprendieron una caminata subterránea conducente desde la montaña del Palatino á la prisión donde se hallaba recluída Locusta. Pasaron bajo tierra todo el Palatino, y tras el Palatino todo el Foro, en laberinto confuso de calles profundísimas que parecían un dédalo infernal. Como no querían compañeros y como no se podía discurrir por aquellos abismos, sino con el previo asentimiento de Agripina, parecían dos seres sobrenaturales pertenecientes á otros círculos de la vida que los naturales y efectivos. Temperatura igual, aire pesadísimo y rarificado, humedad siniestra extendían por doquier en el triste silencio y en la desolada soledad sombras de verdadera muerte. Sin embargo, Vitelio y Agripina, como buenos conocedores del sitio, lo recorrían á una con grande seguridad, sin retroceder y sin pararse, como quien sabe perfectamente adónde y por dónde va. En el ángulo formado por el encuentro de la vía del Foro de Marte con la vía del Cliro del Asilo se detuvieron, y removiendo una gran piedra, en cuya remoción parecían tener sobrenaturales fuerzas, entraron dentro de un abismo tapizado por enormes piedras ciclópeas. Ningún escrúpulo, ni miedo, ni recelo habíalos detenido en aquel viaje; ante ningún obstáculo, ni de los materiales ni de los morales, se habían parado. Una escalera enorme, con gradas colosales, conducía desde aquel ingreso gigantesco al sitio requerido y buscado en la extraña peregrinación. Las aves nocturnas rozaban la frente de Agripina, muy serena de suyo, no obstante lo siniestro de aquel contacto, espantoso en aquella hora y en aquel sitio. Por algunos agujeros fosforeaban los ojos de las lechuzas, que parecían como los fuegos fatuos producidos por fríos huesos humanos. Las paredes ennegrecidas y compuestas de una piedra de Alba gris, que parecían como petrificaciones de sombras, hubieran aumentado el terror, si aquellos dos seres, que no temían á su propia conciencia, pudieran temer algo en este mundo. Vivía Locusta en dos calabozos seme-

jantes á jaulas de fieras. Muy altos y muy amplios podía moverse á su antojo y congregar allí cuantos objetos creyera necesarios á su fin y cuantas substancias causaban, ora la demencia, ora la muerte. Realmente, al entrar allí buscabais el Caronte que os había en su barca trasladado y conducido, pues no semejaba región del planeta nuestro aquel abismo, sino vestibulo del infierno donde han puesto el mal y los malvados todas las teogonías.

Por fin Locusta surgió. Todo era extraño en aquella mujer. Parecía cambiante y varia como si pasase por continua transformación. Ya tomaba el aire de una mendiga, ya el aire de una reina. Disminuíase la retina en sus ojos hasta parecer el punto que tienen las lechuzas ó la línea que tienen las gatas, y de pronto se aumentaba como la retina celestial de una diosa. Sus labios andaban en concordancia y congruencia con los ojos. Así formaban ora frases parecidas á las vulgaridades más corrientes, ora ideas de una sublimidad increíble. Lo más extraño en ella era lo penetrada que aparecía de su oficio maravilloso y de su ministerio sobrenatural. Creíase dotada por los cielos con el don de los milagros. Contaba que podía con un abrir y cerrar de ojos petrificaros y convertiros de ser libre y vivo en vuestra propia estatua. El encantamiento y la hechicería en ella se realizaban como la cosa más natural del mundo si la oíais. Sabía matar, pero también devolver la vida. Lo mismo hundía en el sepulcro una persona, que del sepulcro la evocaba después de podrida y olvidada. Una túnica de lino blanco, pintada con pajarracos y ramajes extraños, la vestía; un cinturón rojo bordado de oro le apretaba la túnica fuertemente al talle; caía de sus hombros á sus pies por las espaldas un manto de gasa negro sembrado de argénteas estrellas, y la coronaba una diadema de azabaches muy estriados que parecían despedir misteriosas chispas en sus relucientes reverbeos. Su pecho se alzaba y se bajaba en guisa de fuelle que á la continua soplase, como que le atribuía ella en sus pretensiones al soplo suyo la virtud sobrenatural de arrancar un astro al cielo y sumergirlo en el orco. Así los conocimientos astrológicos y las cosas celestiales constituían el principal distintivo de su inteligencia. Y la prueba de ello tenía en que atizaba las lámparas de su laboratorio con igual cuidado que una vestal el fuego sacro de su templo. Aunque

una mano mortal haya encendido esa llama, decláse á sí misma ella, ¿dejará de ser como una parte del fuego celestial que arde allá en el sol y en los astros, teniendo como éstos un origen divino? Su lámpara lucía perpetuamente, y en las manos llevaba una lamparilla inextinguible que completaba sus collares de amuletos y sus anillos de magia y sus bordaduras de sortilegios. Nadie sabía su procedencia de cierto. Creeríaisla unas veces natural de Caldea, otras de Tesalia, siempre de una región célebre por hechicerías, encantamientos y quiromancias. Ella escamoteaba un cadáver en medio de cualquier funeral. Como los montañeses tesalios, tenían los ciudadanos de Roma que asegurar sus muertos, si no querían verlos perturbados en el sueño eterno por los conjuros de Locusta. Como que había en Egipto aprendido el arte de adivinar; y tan profetisa como evocadora cual si tuviese á su arbitrio vida y muerte, no sólo mataba, como hemos dicho, sabía resucitar los muertos y juntaba de nuevo en este mundo los espíritus y los cuerpos separados por toda una eternidad. Así conjuraba para que le auxiliasen á sus brujerías el silencio de las noches, el misterio de Coptos, el arcano de Menfis, la crecida del Nilo, el sistro de Faros. Con darle un mechón de vuestros cabellos adivinábaos todo lo pasado y os decía las buenas ó las malas venturas de vuestro porvenir. Debíais guardaros de ella, porque á su gusto y voluntad podía metamorfosearos en ave, haciendo pluma el vello, y convertiros en planta, sacando ramajes de vuestros músculos. Así, lo mismo amenazaba con sus conjuros al sol que cubría de almas los aires cual si fueran moscas, y lo mismo conseguía que oyeráis lamentos de muerte ó címbalos de regocijo en vuestras orejas. Tal era la mujer de quien iban Agripina y Vitelio á requerir un veneno. Misteriosa ella en sí misma, la superstición había con sus sombras acrecentado en torno suyo el misterio y unido á lo que sus esfuerzos propios le granjeaban de más extraño milagros y fábulas de toda inverosimilitud, connaturales á los tiempos en que las fala-



Lámpara

cias reemplazan á las creencias. Necesítase un esfuerzo verdaderamente sobrehumano para trasladarse á un siglo como el siglo de Nerón y comprender por este traslado en alas de vuestra fantasía el papel que representaba Locusta, erigida en verdadera institución al conjuro de las ideas romanas. Pero la hipnosis, el magnetismo, los desarreglos nerviosos, las intuiciones y adivinanzas harán siempre juego en la vida, mientras que la humanidad no se reduzca de suyo al tiempo presente y quiera por un ciego impulso anticiparse lo porvenir. En el estado moral é intelectual de Roma no satisfacían la previsión lógica y el cálculo de las probabilidades matemático; eso era demasiado lento y reducido: necesitaban hacer lo hecho por Agripina respecto de Locusta. Los poderosos del tiempo lo habían todo sometido abajo; nada más natural que los intentos de dominar en lo alto. Cuando la paz romana les había hecho de todos los hombres sus esclavos, y convirtiendo la tierra en calabozo, no había dejado libertad más que á los seres colocados en el trono, es decir, á la familia imperial, justo era que, viéndose tan segura ésta de todo cuanto á sus pies se dilataba, quisieran asegurarse también de todo cuanto se dilataba sobre sus cabezas. Y así como por los espías, por los esbirros, por los delatores, por los verdugos, se apoderaba de abajo, quería de arriba también apoderarse por los magos, por los hechiceros, por los brujos, por los adivinadores, por los quiromantas. Servirse de la muerte como de un instrumento más de opresión sobre los oprimidos, y conjurarla en todo lo posible, cuando se metía con ellos, con los opresores: he ahí el código de los tiranos que se habían apoderado de Roma, y el conjunto de móviles que determinaba en Agripina y en Vitelio aquel conjunto de hechos extraños hasta rayar en verdaderamente inverosímiles. La emperatriz, la mujer de Claudio, la madre de Nerón, la tutora de Británico, la suegra de Octavia, que presidía junto á su esposo los tribunales y el Senado; que recibía los embajadores y ministros de todas las regiones del planeta; que, después de hallarse con todos los príncipes y señores de la tierra emparentada, descendía en línea recta de todos los dioses helenos y romanos; esta emperatriz casi divina, omnisciente y omnipotente, iba, como cualquier muchachuelo que quiere saber cuanto hace su novia, y como cualquier palurdo que busca su ho-

róscopo en la correlación entre las rayas de sus manos y las estrellas del cielo, á saber de Locusta, primero lo que hacía su esposo á espaldas de la mujer, y luego lo que podría propinar á éste con mayor seguridad y acierto para, desasiéndose de su molesta compañía, colocarlo, como nuevo dios, en las alturas y cumbres del Olimpo.

— Aquí estamos Vitelio y yo — dijo Agripina dirigiéndose á Locusta.

— Sabéis — contestó la embaucadora — que siempre me hallo á vuestras órdenes y que os obedezco cual pudiera el puñal obedecer al brazo y el brazo á la voluntad.

— Como que te contamos — dijo Agripina — entre las grandes instituciones sociales y te creemos ejecutora de nuestros más sobrenaturales decretos, de los que regulan la muerte, sí, el eterno y absoluto misterio.

— ¡Cómo en la muerte se muestra, cuanto hay de ceniza en el hombre, baja; y cuanto hay de llama en el hombre, sube!

— ¡Justo! — dijo Agripina, mientras Vitelio escudriñaba todo aquello con espanto. — ¡Justo! Vengo á decirte algo de la muerte y de la inmortalidad.

— La composición trinitaria del hombre — añadió Locusta, mirando vagamente á su interlocutora — me fué mostrada en el templo egipcio de Isis, iluminado por las ideas alejandrinas. Allí supe que todos eran una trinidad, cuerpo, alma, espíritu. Por el cuerpo pertenecemos á la tierra; por el alma pertenecemos á la humanidad; por el espíritu pertenecemos á Dios.

— Ya conozco, Locusta, cuanto sabes del origen y del fin de todas las cosas; ayúdame con todos tus pensamientos y con todos tus filtros á escudriñar lo que hay oculto y á proceder como debo después de lo escudriñado y sabido, á proceder como pidan de mí la salvación de Roma y la salvación de mí misma.

— Te digo que somos trinitarios en el deseo de verte acertar en la consulta que traigas tú y verme á mí acertar en la respuesta. La vida corporal se concentra en el vientre, donde se hallan el hígado y el estómago; la vida sentimental se concentra en el pecho, donde se halla el corazón; la vida espiritual se concentra en el cerebro, donde recibimos las visitas de los dioses.